



Red Comparte

Una mirada desde la espiritualidad



Índice

1. Introducción: alternativas radicales

2. Centralidad de la vida

- Buen vivir de personas y comunidades
 - * Bienestar de la familia y la comunidad
 - * Ejercer la propia libertad y desplegar las capacidades
 - * Vivencia del trabajo como don
- Protección del medio ambiente y del territorio

3. Crear desde las periferias

- Aspirando a llegar a muchos lugares
- A través de procesos transformadores

4. Un proyecto en colaboración

- Con la participación de muchos
- Con el protagonismo de las mujeres

Patxi Álvarez de los Mozos SJ elaboró este texto para ayudar a la red a reflexionar sobre este tema en la Asamblea de Comparte celebrada en El Salvador en septiembre de 2024

1. Introducción: Alternativas radicales

Hoy sigue siendo necesario hablar de alternativas. Nos acosan graves problemas a los que como humanidad debemos dar alguna respuesta. En nuestros países enfrentamos serios deterioros democráticos, que conllevan exclusiones en la participación y exposición a decisiones autoritarias. Seguimos inmersos en entornos corruptos que detraen recursos públicos en beneficio de intereses privados. Persisten la violencia y el crimen organizado, la pobreza y la desigualdad, que se aprovechan de estados frágiles, en muchos casos incapaces de responder a los desafíos del bien común, el único bien al que los estados se deben. La actividad económica despliega una dinámica depredadora que está poniendo en riesgo la vida, a una velocidad vertiginosa, de la que no somos del todo conscientes.



Desde luego necesitamos alternativas, alternativas radicales, que reviertan los valores sobre los que se asienta el actual modelo de desarrollo humano. Y existen. Surgen silenciosas, desde los márgenes, con creatividad e ilusión, ofreciendo respuestas sencillas pero lúcidas a graves problemas. Apenas son visibles para el gran público, pero tienen capacidad de transformación duradera. Lo hacen desde abajo, sin meter ruido, generando una corriente de nueva vida en medio de tantas dinámicas de muerte. Son frágiles, pero prometen otros futuros. Producen recursos económicos, generan ingresos dignos, trenzan tejido social, distribuyen beneficios, preservan la naturaleza y sostienen las culturas locales. Trabajan en definitiva por la integralidad de la vida.

La Red Comparte se encuentra entre estos procesos de generación de alternativas. También ella actúa desde las periferias, con el concurso e inteligencia colectiva de muchas personas, cooperando a nivel internacional y optando por la vida en escenarios amenazados. Combinando estrategia y mística, diseño y sentido, pensamiento e ilusiones. Porque todo ello es necesario.

“no será posible comprometerse en cosas grandes sólo con doctrinas sin una mística que nos anime, sin «unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria» (EG 261)”,

Papa Francisco, Laudato Si’, n. 216

Los trabajos nos absorben y solo ocasionalmente estamos en condiciones de alzar la mirada para valorar el camino recorrido y para profundizar en las raíces que nos motivan y dan sentido a lo que hacemos.

Sin embargo, realizar a cada rato esta pausa y contemplar lo alcanzado resulta un ejercicio imprescindible, a fin de agradecer lo vivido, renovar las fuentes que nos movilizan y contemplar nuevamente el horizonte que nos atrae y al que nos acercamos. Cuando no hacemos así, fácilmente nos lastran las fatigas y sinsabores que nos visitan a diario. De ahí el valor de mirar nuestras tareas desde una nueva luz. Hoy lo hacemos desde la claridad siempre nueva del evangelio.

La Red Comparte ha reunido a lo largo del tiempo muchos tesoros. Uno de ellos es el documento “Rasgos de las alternativas económicas de la Red Comparte” (2022)¹ que sin duda sintetiza lo aprendido a lo largo de estos años. En la Red hay cuestiones técnicas que resolver y acuerdos que lograr, pero estos rasgos recogen un aire común de familia y expresan los valores compartidos por las instituciones de la Red. En lo que sigue tratamos de regresar a ellos y mirarlos desde la luz limpia que proyecta nuestra fe.

¹ Estuvo precedido por otro documento, “El desarrollo alternativo por el que trabajamos: aprendizajes desde la experiencia” (2011). Al documento Rasgos de las Alternativas lo denominaremos RA.



2. La centralidad de la vida

La Red tuvo desde sus inicios en 2010 la intención de crear una “comunidad de aprendizaje y acción para el desarrollo de alternativas económico-productivas en América Latina” (RA 7). Aparentemente, la gran finalidad consiste en la búsqueda de soluciones económicas y productivas, un objetivo de carácter técnico y económico. Sin duda, un propósito primario consiste en la búsqueda de la eficiencia y en desarrollar experiencias productivas que cubran las necesidades de las comunidades que las llevan a cabo. Sin este propósito, no tendría mucho sentido la propia Red.

Pero lo que se encuentra en el fondo de esta comunidad de aprendizaje es algo bastante mayor, consiste en proteger la vida en sus diversas formas. La vida a lo grande, la vida humana, la de personas y comunidades, y la vida natural, de la que somos parte y con la que las comunidades que viven de ella establecen una relación que va mucho más allá de lo instrumental. En el fondo de la creación podemos descubrir la presencia del Creador dándose y comunicándose con nosotros.

Nuestra casa común es como una hermana, con la cual compartimos la existencia, y como una madre bella que nos acoge entre sus brazos (n. 1). Todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde (n. 88).

Papa Francisco, Laudato Si'

Cuando hablamos de la centralidad de la vida, por un lado hablamos del buen vivir de personas y comunidades. En el evangelio de Juan dice Jesús que “he venido para que tengan vida y vida en abundancia” (Jn 10, 10). Este es el deseo de Dios para sus hijos e hijas, que podamos todos disfrutar de una vida plena. En una realidad como la presente nuestra, con tantas carencias y dificultades, lo que quiere Dios para la humanidad es que tenga vida. Es su gran regalo y lo más valioso que tenemos: la vida. Pero a veces malvivimos, mientras en otras ocasiones desplegamos una vida plena; de esto último se trata, de que podamos disponer de una vida completa.

Podemos identificar distintos componentes de ese buen vivir. Podemos destacar tres: primero, el bienestar de la comunidad y de la familia. Hablamos de una comunidad que tiene sus necesidades básicas cubiertas y que no está angustiada por su porvenir, que cuenta con condiciones que le permiten atender otras cuestiones más valiosas: el bien de los hijos, el cuidado de los ancianos, la atención de las amistades y los familiares, el cultivo de las propias raíces o la práctica de la contemplación y la oración. Ese bienestar incluye por tanto el despliegue de las capacidades materiales y también de las espirituales.

Se puede necesitar poco y vivir mucho, sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración.

Papa Francisco, Laudato Si', n. 223

Un segundo componente consiste en alcanzar una prosperidad suficiente que permita a las personas y comunidades ejercer su propia libertad y desplegar sus capacidades. Los seres humanos ansiamos libertad para elegir aquello que deseamos o creemos que nos hará bien. Toda comunidad humana necesita de esta libertad que abre posibilidades de estudio y trabajo a los hijos, que permite disponer de bienes imprescindibles en nuestro hogar, que nos proporciona márgenes para nuestra formación o nuestro descanso y que aleja agobios insoportables por el mañana.

Los cristianos creemos que es Cristo quien nos da la libertad (Gal 5, 1) y que Él es la verdad que nos hace libres (Jn 8,32). Es Él quien nos permite crecer plenamente. Por ello, la búsqueda exclusiva de la prosperidad nos puede perder. A veces porque cuando la alcanzamos hace que nos creamos más de lo que somos; otras, porque nos lleva a abandonar los lazos que nos unían a nuestra comunidad y nos segregamos de los demás. La riqueza puede extraviarnos, haciendo que perdamos el camino, conduciéndonos al ansia de poder o al reclamo de la atención de los demás. Esto es lo que dice la escuela de s. Ignacio de Loyola (Ejercicios 142).

Es poco probable que las comunidades de la Red Comparte alcancen un exceso de prosperidad que les lleve a estos extremos, pero no está de más recordar que la verdadera libertad se encuentra en la honestidad personal, en la autenticidad, en el cultivo más hondo de lo humano y en la cercanía a un Dios bondadoso que transforma nuestro corazón haciéndolo más tierno y compasivo.

Sabemos que es insostenible el comportamiento de aquellos que consumen y destruyen más y más, mientras otros todavía no pueden vivir de acuerdo con su dignidad humana. Por eso ha llegado la hora de aceptar cierto decrecimiento en algunas partes del mundo aportando recursos para que se pueda crecer sanamente en otras partes.

Un tercer componente es la vivencia del trabajo como verdadero don. Entonces el trabajo se convierte en una actividad profundamente humana en la que encontramos sentido y realización personal. En él expresamos nuestra creatividad y desplegamos nuestras capacidades; el trabajo da lugar a la fecundidad humana a la que aspiramos como personas. La palabra trabajo en castellano procede del latín tripalium, un instrumento de tortura. Y es que el trabajo puede deshacernos, reventarnos. Así sucede cuando no da para vivir o cuando nos esclaviza. Sin embargo, la perspectiva cristiana está más bien en la senda de la palabra “labrar”, una tarea cuidadosa que da lugar a los frutos siempre generosos que proporciona la tierra y que incorpora el necesario descanso reparador.

La creatividad y el descanso son inherentes al trabajo en una concepción correcta del buen vivir. Es entonces cuando comprendemos que la llamada a trabajar no es una condena, sino que viene de Dios. Como dice Jesús, “mi Padre trabaja y yo también trabajo” (Jn 5, 17). El trabajo es una invitación a participar en la obra creadora de Dios, en una llamada que incluye generar novedad y reposar tras el cansancio, justo como hace el Creador en el primer relato del Génesis, que bien conocemos (Gn 1,1 - 2,4a).



Ustedes se comprometen a abrazar un proyecto de vida que rechace el consumismo y recupere la solidaridad, el amor entre nosotros y el respeto a la naturaleza como valores esenciales. Es la felicidad de “vivir bien” lo que ustedes reclaman, la “vida buena”, y no ese ideal egoísta que engañosamente invierte las palabras y nos propone la “buena vida”.

Papa Francisco, Encuentro con Movimiento Populares, Roma, 2016

Por otro lado, cuidar la centralidad de la vida conlleva la **protección del medioambiente y del territorio**, para que pueda seguir generando vida, como lo ha venido haciendo desde tiempos lejanos. Hacer sostenible la vida, porque a su vez es ella la que nos sustenta a nosotros, porque es un lugar privilegiado de encuentro con el Señor presente en sus criaturas (EE 235) y porque estamos invitados a ser sus custodios.

En realidad, el medioambiente que nos rodea forma parte de nosotros mismos. Sin él no podríamos subsistir, pues somos uno con él. Quien vive de la naturaleza, de labrar la tierra y de sus frutos, experimenta aún una mayor identificación con esa naturaleza en la que está inserto. Comparte con ella origen y destino, la suerte de aquella es también la suya.

El territorio es un entramado de relaciones entre la naturaleza y el ser humano. Siempre está habitado por lo humano, pues es el ser humano quien le confiere forma y significados. Los seres humanos entramos en un diálogo con la naturaleza de la que somos parte, dando a luz saberes colectivos, muchas veces acumulados por generaciones en forma de una cultura ancestral que nos habla de esa red de solidaridades en la que nos encontramos.

De ahí que las experiencias de la Red Comparte tengan esa característica de protección de la naturaleza, en un acercamiento reverencial a ella, sin caer en la tentación de explotarla o deprimirla.

Por tanto, aunque en la Red se habla largo de la búsqueda de alternativas económicas, en realidad, esta Red se encuentra al servicio de un proyecto mayor, que es el del cuidado de la vida, a fin de alentar la vida en la familia, en la comunidad, en el territorio. La vida, no hay nada más grande que ella, la Red está a su servicio.



3. Crear desde las periferias

La Red Comparte está roturando nuevos terrenos. Hay iniciativas que la preceden, es cierto, pero las experiencias productivas, las cooperativas, el descubrimiento de los valores que la Red comparte, la distancia tomada en relación a un proyecto meramente económico... todo ello habla de una novedad que recorre esta red desde su comienzo. Es un esfuerzo de creación colectiva. De ahí que desde sus inicios se concibiera como una comunidad de aprendizaje, pues quien aprende abre nuevos campos.

Podemos tener la tentación de pensar que la novedad creativa surge en el mundo de los centros de pensamiento, de las grandes inversiones económicas y de los espacios de poder. Pero la creatividad más genuina aparece en las periferias. Ese es el lenguaje evangélico, que recorre también una parte importante del camino de la Red.

En el Evangelio, la novedad procede de un niño que nace marginado en el silencio anónimo de una cueva apartada. Es cierto, acompañado por el cariño de sus padres, pero no menos marcado por la exclusión y el descuido. El Jesús de Belén es un descartado, alguien que nada vale a ojos del mundo, cuya desaparición no sería ninguna pérdida. Pero los creyentes sabemos que es allí donde brotan los tallos verdes del Reino.

La vida pública de Jesús está marcada por la itinerancia y la intemperie. No tiene dónde reposar la cabeza (Mt 8,20). Procede de la “Galilea de los gentiles” (Mt 4,15), por lo que su habla está caracterizada por el acento provinciano de aquellas gentes. No es fariseo, ni levita; no es escriba, ni herodiano; no es zelote, ni esenio. Se encuentra fuera de toda categoría. Su sabiduría está siempre bajo sospecha, porque no se encuentra avalada por ninguna de las escuelas de su tiempo. Deslumbra por hablar con autoridad, pero nadie sabe de dónde procede su saber. Es un hombre anclado en las periferias. Allí se encuentra con marginados y excluidos, con enfermos y pecadores. Los acoge y los sana, a algunos los llama a seguirle, a otros a quedarse en sus aldeas comunicando lo vivido. Él genera una comunidad de seguidores y seguidoras que lo acompañan hasta Jerusalén. Junto a Él atisban la posibilidad de un nuevo mundo, del Reino, que comienzan a percibir ya iniciado en la propia acción de Jesús. Su actuar abre la posibilidad de una familia humana reconciliada, en la que todas las personas tienen su sitio.

Su muerte pavorosa no acaba con su proyecto, que va más allá de él. Lo seguirán sus discípulos –pescadores, artesanos o recaudadores como Mateo– que construirán novedad desde su condición marginal, la misma que la de su Maestro.

De los márgenes surge la novedad de la que hablamos. Es historia evangélica, como decimos, pero es también acontecimiento del presente. Las mayores contradicciones de la una situación histórica se viven en los márgenes, no en el centro de las sociedades, menos aún en sus espacios acomodados. Es por eso que la lucidez sobre las situaciones históricas es allí también mayor, porque el mundo se ve más claro desde las periferias, aunque frecuentemente también se percibe más injusto. Los desafíos en ellas son mayores y las problemáticas son más genuinas que las de los incluidos. Allí surge la creatividad, como respuesta activa de la esperanza irreductible que los seres humanos portamos con nosotros. La verdadera esperanza se encuentra entre los descartados. Y la respuesta más creativa y transformadora también entre ellos, por difícil que sea creer en ello.

Ustedes, los más humildes, los explotados, los pobres y excluidos, pueden y hacen mucho. Me atrevo a decirles que el futuro de la humanidad está, en gran medida, en sus manos, en su capacidad de organizarse y promover alternativas creativas... Ustedes son creadores de cambio.

Papa Francisco, Encuentro con Movimiento Populares, Bolivia, 2015

Es ahí donde se sitúa la experiencia de la Red, en su capacidad de crear desde las periferias. La Red Comparte está compuesta en su mayoría por comunidades pobres, por grupos humanos que durante muchos años se han sentido apartados, olvidados, tratando de luchar para sacar adelante sus vidas y las de sus familias. De ahí es de donde surge una propuesta de renovación, una alternativa productiva y de creación de comunidad humana, que va más allá de lo meramente económico. Una creación que tiene en la centralidad de la vida su signo característico.

Esta creatividad que procede de las periferias contiene dos rasgos principales. El primero consiste en su aspiración a que sus propuestas lleguen a muchos lugares. En la Red esa aspiración está conceptualizada como el deseo de transformación del territorio. El signo de una creatividad cristiana es su horizonte de universalidad. Casi podría decirse que si una iniciativa comunitaria no mira más allá de sí misma es imposible que sea cristiana. La creatividad que lleva el signo de Jesús trata de alcanzar más allá, en tal sentido es siempre un ejercicio de generosidad y de solidaridad y no una mera solución a mis (nuestros) problemas, por importantes que sean.

La mirada al territorio y la colaboración dentro de la Red entre iniciativas muy distantes son la señal de que efectivamente este horizonte de universalidad está presente dentro de la Red.

El segundo rasgo consiste en el carácter procesual de esta creación. Los grandes poderes tratan de cambiar las realidades de manera instantánea y eficazmente, a golpe de firma de talón. La gran política y el capital están acostumbrados a ello. Tienen la impresión de que la realidad se doblega de forma inmediata ante sus exigencias. Bastaría con ejercer el poder aplicando la suficiente energía. Por eso la represión o la amenaza están siempre a punto, constantemente dispuestas a entrar en juego. Pero la realidad es que esos saltos que los grandes procuran van acumulando muchedumbres de víctimas que se quedan atrás.

El tiempo es superior al espacio. Este principio permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos. Darle prioridad al tiempo es ocuparse de iniciar procesos más que de poseer espacios... Se trata de privilegiar las acciones que generan dinamismos nuevos en la sociedad e involucran a otras personas y grupos que las desarrollarán.

Papa Francisco, Evangelii Gaudium 222

La vía del Reino solo cree en los procesos, a veces bastante largos, como requieren las realidades humanas. Solo ellos son verdaderamente transformadores. Los cambios humanos siempre necesitan tiempo. Lo

sabemos por nosotros mismos, porque ninguno cambiamos de forma inmediata. Las experiencias vividas siempre precisan procesos prolongados de maduración. Cuánto más en el caso de comunidades humanas. La lentitud y la paciencia son necesarias para la verdadera eficacia, que consiste en una conversión interior del alma personal o colectiva. Entonces nadie se queda atrás. Así va cuajando la efectividad verdadera.

De este modo puede describirse también la experiencia de la primera comunidad cristiana. Un largo proceso que nace en el Maestro Jesús, que se va abriendo camino lentamente a través de los siglos, en medio de la acción lenta y consistente de comunidades eclesiales locales que fueron trastocando los valores tantas veces violentos y competitivos del imperio romano. Tenían la paciencia del amor y la esperanza.

Suele decirse que los verdaderos cambios son de carácter cultural, hay quien afirma que son la obra de generaciones. No se trata de cambios en el terreno de la economía y la política, que tantas veces pueden ser estériles o efímeros.

La Red Comparte comenzó hace más de 10 años; las experiencias que la componen aún hace mucho más tiempo. Lo valioso es que la Red vaya estableciendo procesos, sin apresurarse, para que nadie se quede atrás.





4. Un proyecto en colaboración

Llama la atención en el Evangelio el empeño de Jesús por generar un grupo de seguidores. Lo seguían, es cierto, pero él también los concebía como colaboradores suyos. De hecho, los llega a enviar por delante (Mt 10,5-16), para anunciar como Él la buena noticia, precisamente lo mismo que él hacía. Sin embargo, los relatos evangélicos nos informan de la poca idoneidad de esos seguidores: hay un zelote, un recaudador de impuestos, dos a los que llama “atronadores” que tienen aires de grandeza, uno lo entrega, otro lo niega, todos huyen cuando lo capturan y lo matan, sencillamente desaparecen... Da la impresión de que en realidad todos esos discípulos le deberían haber sobrado, porque no estaban en modo alguno a su altura, no ya únicamente de él, sino también de la misión que recibirían. Ese es el retrato de los discípulos que nos dejan los textos del Nuevo Testamento.

Y sin embargo, la expansión del Evangelio se debió a aquel grupo que continuó fiel al Maestro después de su muerte. Los colaboradores de Jesús –hombres y mujeres– jugaron un papel imprescindible. Sin ellos, nada habría sucedido y aquella historia de Jesús se habría extinguido... pero sucedió lo contrario. Es más, aquellos discípulos no se cerraron al grupo

inicial que había conocido a Jesús, sino que hicieron hueco, desde los primeros tiempos, a evangelizadores que no habían conocido a Jesús, como era el caso de Pablo. En realidad, abrieron las puertas a uno que los había perseguido hasta la muerte, un enemigo declarado, ese era Pablo. Este colaborador de segunda generación fue clave en la propagación del cristianismo. Lo aceptaron, lo escucharon e incluso cedieron a sus demandas de integración de no judíos al movimiento de Jesús, aunque supusiera que no cumplirían normativas judías que habían considerado imprescindibles, como la circuncisión. Así sucedió en el Concilio de Jerusalén (Hch 15) que permitió que el movimiento cristiano alcanzara a los “griegos” o gentiles y no solo a los judíos, a los que se habían dirigido inicialmente.

La colaboración es imprescindible en la historia del cristianismo. Su propagación no se explica sin esa apertura a que personas que recibieran el Espíritu Santo pudieran hacer su propia aportación. La recepción del Espíritu es lo que confería autoridad. Se fue así conformando una larga comunidad de hermanos y hermanas en torno a la fe en Jesús, en la que cada cual aportaba sus propios carismas. Todos tenían un lugar y una misión.

Si en la historia de la propagación de la fe vemos que esas personas colaboradoras son indispensables, algo semejante sucede en nuestros proyectos humanos, en los que **necesitamos la contribución del mayor número posible de colaboradores.**

La Red Comparte está compuesta primero por comunidades productoras. Grupos humanos que labran la tierra, que siembran, esperan y cosechan sus frutos, para después procesarlos y comercializarlos. Las unidades mínimas no son propiamente los productores individuales, sino las personas organizadas en grupos, es decir, las propias comunidades. Es en ellas donde se produce el primer paso de colaboración. Un paso esencial para alcanzar otros niveles en los que se coopere.

La Red está también compuesta por organizaciones sociales que apoyan a estas comunidades productoras a nivel local. Estas organizaciones fueron las que impulsaron la creación de una comunidad de aprendizaje a nivel internacional, para que las iniciativas pudieran enriquecerse con la experiencias de otros grupos y aprender de sus buenas prácticas. Es más sencillo avanzar junto a otros.

Igualmente se unieron las universidades, para pensar sobre alternativas económicas, para ofrecer vías de comercialización a los productos agrícolas generados y para ayudar en la sistematización de experiencias y en la valoración de los impactos.

La Red se compone de esta multiplicidad de agentes sociales diversos que se estructuran en torno a un propósito común. Diversidad, organización, propósito común son algunas de las claves de esta colaboración.

Estamos habituados a contemplar cómo las iniciativas narcisistas expulsan; por el contrario, los proyectos colaborativos integran. Los políticos narcisistas que tanto abundan pretenden deslumbrar instantáneamente; las colaboraciones toman el camino de los procesos pacientes. Los primeros son fuegos de artificio de un día; los segundos van madurando con el tiempo y dejando una honda huella.

Organizarse es esencial, para ello hay que creer en la cultura del encuentro, en la escucha mutua, en el esfuerzo por comprender lo que dicen los demás, en la apertura a otras ideas mejores que las propias, en la apuesta por perseguir lo consensuado, que tiene más valor que ir por cuenta propia. Todo esto es lo que la Red cultiva para que pueda dar nuevos frutos.

Debemos crear con nuestra fe una “cultura del encuentro”, una cultura de la amistad, una cultura donde hallamos hermanos... Ir al encuentro con todos, sin negociar nuestra pertenencia.

Papa Francisco, palabras del 18 de mayo de 2013

Esto supone aprender a gestionar el poder, pues toda organización humana requiere asignar roles de responsabilidad diversa. El poder, cuando es mirado desde la perspectiva evangélica, solo se puede interpretar en la clave del servicio. Cuando se hace así, se recrean las estructuras de la convivencia. De ahí la importancia de que el ejercicio de la responsabilidad en la Red esté siempre concebido como servicio al bien común.

Es precisamente en la gestión del poder donde se sitúa el rasgo que habla de la promoción de las “relaciones de igualdad entre personas de distintos géneros” (RA 13). Con él se pretende visibilizar particularmente los aportes de las mujeres, fomentar su protagonismo y fortalecer su liderazgo, lo cual conlleva una transformación de las masculinidades más comunes, que habitualmente contribuyen a un paradigma patriarcal.

En el movimiento de Jesús de Nazaret no solo había varones, sino también mujeres (Lc 8, 1-3). Algunas de ellas habían sido sanadas por él, como María Magdalena; otras, sencillamente lo acompañaban atendiendo al grupo de los discípulos con sus propios recursos. Jesús guarda una relación especial con ellas. Cuando habla en parábolas no solo se dirige a los hombres, sino que también lo hace con imágenes dirigidas particularmente a las mujeres y que entienden bien. Así, menciona la alegría de encontrar una oveja extraviada, pero también el júbilo de una mujer que recupera una moneda perdida en la casa (Lc 15, 8-10). Compara la abundancia del Reino con la levadura que introduce una mujer en la masa hasta que la fermenta entera (Mt 13, 33). Asimismo, cura en su ministerio a bastantes mujeres, comenzando por la suegra de Pedro (Mc 1, 30-31). No condena a una mujer sorprendida en adulterio (Jn 8, 1-11) y a los hombres que quieren apedrearla los confronta con su propio pecado. Prohíbe repudiar a la esposa –un derecho instituido por Moisés– y tratarla como un simple objeto que se posee (Mt 5, 27-32).

Jesús tiene amistad con mujeres, como con Marta y María, a cuya casa en Betania acude cuando se acerca a Jerusalén. Está a gusto con ellas, quienes le acogen con admiración y con un cariño desbordado (Jn 12, 1-9). En la cruz queda solo un discípulo, el amado, el resto ha huido; sin embargo son

varias las mujeres que permanecen allí a sus pies, entre ellas su madre (Jn 19, 25-27). En el momento de la resurrección, son mujeres las primeras testigos.

La relación de Jesús con las mujeres fue inusitada en su tiempo, pues la sociedad judía, al igual que la romana, era profundamente patriarcal. Jesús no vio en ellas seres de segunda clase, sino personas con la misma dignidad, a quienes él trataba con el mismo sincero respeto. Esta conciencia de igualdad de los seres humanos que tiene Jesús pasó a sus seguidores. San Pablo escribía que “no hay diferencia entre judío y griego, entre esclavo y hombre libre, entre hombre y mujer, pues todos sois uno solo en Cristo Jesús” (Gal 3, 28). Asimismo, los movimientos carismáticos convocaron tanto a hombres como a mujeres en torno a la vida religiosa. Muchas mujeres participaron de ellos, alcanzando en sus congregaciones un alto grado de autonomía, un fenómeno poco estudiado desde la perspectiva de la emancipación de las mujeres.

Profundizar en la historia de Jesús y en el trato que tenía con las mujeres contribuye a defender la dignidad y participación de estas. A su vez, ayuda a los varones a cuestionar su modo de relacionarse con las mujeres y a estimarlas en su verdad y en su potencial. La historia de aquel judío marginal nos puede inspirar nuevas prácticas.

Las reivindicaciones de los legítimos derechos de las mujeres, a partir de la firme convicción de que varón y mujer tienen la misma dignidad, plantean a la Iglesia profundas preguntas que la desafían y que no se pueden eludir superficialmente.

Papa Francisco, Evangelii Gaudium n. 104

Una colaboración para el bien común supone también que está abierta a otros posibles actores que quieran cooperar y encuentren en la Red una ocasión de crecimiento. La Red Comparte, como su propio nombre indica, está abierta a nuevas incorporaciones. Basta con compartir el propósito y la mística que la inspira, para poder formar parte de ella, aportando como uno más, como si se fuera fundador de la Red. Es tal vez lo aprendido de aquel primer cristianismo al que le bastaba confirmar que la persona había recibido el Espíritu Santo, posiblemente porque resultaba notorio en la vida de las personas.

La colaboración no deja de ser un ejercicio de solidaridad, un modo de impedir el encerramiento tras los propios muros, lo cual es una forma de elitismo. La Red Comparte es esencialmente abierta y eso es lo que permite que mire más allá de sus fronteras y aspire a aportar una pequeña contribución a las alternativas de vida, que van mucho más allá de lo económico y lo productivo y que fomentan nuevas formas de situarse ante la realidad y procesos para transformarla.

